

### PALABRA DE DIOS Y *LECTIO DIVINA*<sup>29</sup>

Las Propositiones sobre la Vida benedictina, aprobadas por el Congreso de Abades de 1967, presentan la *lectio divina* como una de las actividades principales de los monjes, junto con la oración y el trabajo (17, c). Pero está considerada más precisamente, junto con el *Opus Dei* y la oración secreta, como uno de los actos reveladores del espíritu benedictino, sobre todo en su aspecto *filial* (capítulo primero: La nota filial del espíritu benedictino y la vida de oración). El hecho de que el monje no quiera preferir nada al amor de Cristo y quiera seguir todos los pasos de Cristo hasta el fin, le da a su vida de relación con Dios “un carácter filial bien marcado”. Cristo lleva al Padre. “A imitación del Hijo vuelto hacia el Padre en el cara a cara del amor, el monje quiere que su vida se desarrolle en la presencia de Dios” (17, a) y a la escucha de la Palabra de Dios.

#### *A la escucha de la Palabra*

Vivir a la escucha de la Palabra no es solamente propio de los monjes. El Señor insistió a menudo en el Evangelio acerca de la necesidad de *escuchar* la Palabra de Dios para ponerla en práctica. Se dirigía a todos sus discípulos. Podemos recordar algunas referencias. La parábola del sembrador: “*Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la entiende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.*” (Mt 13,18-23 y paralelos). La parábola de la casa fundada sobre roca, que insiste más sobre la necesidad de poner en práctica que sobre el deber de escuchar (Lc 6,57-49). El reconocimiento por parte de Jesús de sus verdaderos parientes: “*Mi madre y mis hermanos son aquéllos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 8,21). La bienaventuranza espiritual de la Madre de Jesús: “*Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan*” (Lc 11,27-28).

No se puede ser cristiano sin vivir a la escucha de la palabra de Dios. Los monjes hacen suya esta necesidad de un modo muy especial. No pueden recibir la norma de su vida de hijos de Dios de otra parte. El Prólogo de la Regla benedictina está construido en base al tema del diálogo entre el Señor y su obrero. La primera palabra de san Benito es un llamado a escuchar: “*Escucha, oh hijo, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón...*” (RB Prol. 1). Luego resuena la palabra divina en la noche de la indiferencia o la cobardía de la desobediencia. Es un despertar brutal: “*Levantémonos, pues, de una vez a las excitaciones de la Escritura, que nos dice: Ya es hora de despertar*”. El invitatorio del oficio nocturno, da un aire familiar a este llamado: “*Y abiertos nuestros ojos a la luz deífica escuchemos atónitos lo que a diario nos amonesta la voz divina que clama: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*”. El Señor que busca un obrero entre la multitud, insiste una vez más y el diálogo comienza.

El monje debería vivir a la escucha de la palabra de Dios. Debería estar atento a Dios, sin descanso, para recibir su Palabra, acogerla, captarla, (cf. Mt 13,23), guardarla, obedecerla y ponerla en práctica. Estos verbos son casi sinónimos, sin embargo con algunos matices y cierta progresión: se pasa de un estado habitual de aceptación y sumisión filial (guardar la Palabra) a una resolución más actual en una circunstancia dada, que puede exigir a veces un verdadero heroísmo (obedecerla: cf. el cuarto grado de humildad), para alcanzar esa fidelidad constante que jamás se desmiente en la sucesión monótona de las ocasiones cotidianas (ponerla en práctica). La recompensa inmediata a la docilidad y a la fidelidad consiste en entrar de este modo en la salvación que trae consigo la palabra de Dios. Nos hace libres y nos une a Dios.

---

<sup>29</sup> De Lettre de Ligugé N° 154, 1972.

Se trata asimismo de “devolver” a Dios su palabra, tanto en la oración secreta como en la oración conventual. Gran parte de nuestra alabanza conventual, especialmente la salmodia, no hace sino poner en nuestros labios las mismas palabras que Dios ha utilizado para revelarnos su misterio. De este modo, devolvemos a Dios su palabra, lo alabamos con las palabras de alabanza que El mismo ha inspirado. Es lo que Paul Claudel denominó “la vocalización litúrgica de la Escritura”: en esto reconocía la obra primordial de la vida monástica (Discurso de recepción en la Academia Francesa, 13 de marzo de 1947). Pero la oración secreta también devuelve a Dios su palabra. De otro modo, más silencioso. Es como un eco que resuena en las profundidades de nuestra conciencia y de nuestra vida. La oración alimentada con la *lectio divina*, que prolonga la salmodia y prepara a la celebración litúrgica, se parece a menudo a la respuesta de un amigo a su amigo que lo interpela: una mirada, una sonrisa, un gesto, dicen más que las palabras.

### *Los caminos de la Palabra*

“La palabra de Dios llega al monje por vías diversas, individuales o colectivas: por medio de la Escritura, de la Iglesia y la Liturgia, del Abad (RB 2, 5, 12) y los hermanos, y también por medio de los acontecimientos”.

La Escritura es evidentemente la principal de las vías de la palabra de Dios (volveremos sobre esto), pero no la única. Existe también el magisterio de la Iglesia, que propone y explica la Palabra, y la Liturgia, que la mantiene viva en el diálogo entre la Iglesia y Dios, siempre actual, proferida *hoy*. Para los monjes existe también la función doctrinal del Abad. “*Que sus mandatos y doctrina, pide san Benito, a modo de fermento de la divina justicia, se difundan en las almas de sus discípulos*—es decir, una levadura que haga levantar la santidad en la masa de los espíritus—*acordándose siempre que de su doctrina y de la obediencia de sus discípulos, de entrambas cosas se le pedirá cuenta en el tremendo juicio de Dios*” (RB 2, 5-6). Pero más adelante agrega la Regla: “... *muestre todas las cosas buenas y santas más con hechos que con palabras*” (RB 2,12).

Los hermanos también pueden ser “Palabra de Dios” unos para otros. Sobre este punto, podríamos referirnos a lo que san Benito dice acerca del “bien” de la mutua obediencia (RB 71). El hermano a quien obedeces ha sido para ti una palabra de Dios, o quizás te ha transmitido un signo del Espíritu, o te ha hecho recordar una inspiración del Maestro interior: ¿no es sobre todo por medio del ejemplo y del contagio de la caridad como se dicen los hermanos unos a otros la palabra de Dios? De igual modo que el abad, por otra parte, que enseña más con sus obras que con su palabra...

Finalmente los acontecimientos. Sobre este punto, las *Proposiciones* remiten al Concilio Vaticano II. La Constitución pastoral *Gaudium et spes*, luego de exponer la condición humana en el mundo de hoy, afirma que el Pueblo de Dios, “*movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios*” (GS 11). En el seno del Pueblo de Dios los monjes son un grupo especialmente atento a la Palabra de Dios. Por lo tanto deben recogerla, también por esta vía, bajo la conducción del Abad que los ayudará a reconocer esos signos verdaderos del designio de Dios.

Sin embargo, la *lectio divina* tiene un objetivo más preciso.

“La búsqueda de Dios en la Palabra escrita, constituye el fin de la *lectio divina* (cf. DV 21; PC 6). Ella es uno de los medios más comunes y más característicos contenidos en la tradición monástica (RB 4,55; 48)”.

Para definir la *lectio divina*, búsqueda de Dios en la Palabra escrita, las *Proposiciones* recurren a la Constitución dogmática del Vaticano II sobre la Revelación. En efecto, se recuerda allí que las Escrituras “*inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, nos transmiten inmutablemente la palabra del mismo Dios: y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hacen resonar la voz del*

Espíritu Santo.” (DV 21). No obstante, notemos bien que la *lectio divina* no es únicamente la lectura o el estudio de las Escrituras; es la búsqueda de Dios en su palabra escrita. Pero el mismo texto conciliar confirma la posibilidad de esta búsqueda y del encuentro efectivo con Dios mismo en su Palabra escrita: “En los Libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (DV 21). Por otra parte, el Concilio invita a los religiosos en general a buscar a Dios y a cultivar el espíritu de oración, principalmente por medio de la Sagrada Escritura: “Los que profesan los consejos evangélicos busquen y amen ante todo a Dios, que nos amó primero (cf. Jn 4, 10), y procuren con afán fomentar en toda ocasión la vida escondida con Cristo en Dios (cf. Col 3.3). ... Por eso, los miembros de los institutos deben cultivar con asiduo empeño el espíritu de oración y la oración misma, bebiendo en las genuinas fuentes de la espiritualidad cristiana. Tengan, ante todo, diariamente en las manos la Sagrada Escritura, a fin de adquirir, por la lección y meditación de los sagrados libros, el sublime conocimiento de Jesucristo (Flp 3,8)...” (PC 6).

Así, después de haber definido la *lectio divina* por su objetivo, se recuerda que la tradición monástica ha hecho de ella uno de los medios más obvios para buscar y encontrar a Dios. Dos referencias a la Regla apoyan esta afirmación. En primer lugar, uno de los Instrumentos de las buenas obras: “Oír de grado las lecturas santas”, que parece referirse sobre todo a las lecturas hechas en común, las que deben escucharse (*libenter audire*), pero que no excluye la lectura individual, acompañada en la época de san Benito por la pronunciación de los labios. La otra referencia es por supuesto, la del capítulo 48, que distribuye las ocupaciones cotidianas del monje entre el *Opus Dei* la *lectio divina* y el trabajo. Inmediatamente se precisa el objeto de la *lectio*.

“Tiene a la Sagrada Escritura como objeto primordial; pero también abarca, con mucha amplitud, a los Padres, la Tradición, los ejemplos y la doctrina de los santos, la reflexión viva de la Iglesia a través de las épocas (RB 73, 2-6). Es decir que trasciende la información puramente humana, el trabajo propiamente científico, teológico o pastoral, aun cuando los utiliza si es necesario.”

Los párrafos precedentes nos habían orientado hacia una *lectio divina* totalmente consagrada a la Sagrada Escritura. En efecto, las *Proposiciones* reconocen que la Biblia es su objeto “primordial”, es decir, principal y fundamental. Pero aquí se ha querido ampliar el objeto de la *lectio*, abarcando la tradición cristiana y sus diversos canales, que están referidos a la Escritura y se apoyan en ella, y que también nos traen la Palabra de Dios. El Congreso de Abades pidió que se agreguen los ejemplos y la doctrina de los santos a la mención de los Padres y de la reflexión viva de la Iglesia a través de las épocas. Se imponía una referencia: en el capítulo 73 y último, la Regla invita a los monjes a buscar la perfección de su vida en “las doctrinas de los santos Padres católicos” (los Padres de la Iglesia), “las Conferencias de los Padres” (del monaquismo, relatadas por Juan Casiano), “sus instituciones y sus Vidas”... (RB 73, 2-6).

A pesar de la amplitud de su objeto, la *lectio* comprendida así no se confunde con el estudio, Pero tampoco se le opone. No es una lectura informativa. Tampoco es un trabajo científico, aunque sea teológico, ni un trabajo “pastoral” de preparación de una homilía. Supera todo eso y va mucho más lejos. Estudiar las diversas opiniones de los exégetas acerca de un pasaje de la Biblia a fin de formarse una opinión personal, no es, en sí, hacer la *lectio divina*. Preparar una tesis de teología o una serie de sermones, no significa necesariamente escuchar la Palabra de Dios.

Pero, aunque es algo distinto, la *lectio divina* utiliza esta u otra forma de trabajo intelectual si es necesario. Y pensamos que esto no solamente quiere decir que el estudio prepara la *lectio divina*. Hay un estudio de la Palabra de Dios que no se queda en la pura erudición sino que apunta directamente a una asimilación vital y orante de la Verdad revelada: denominémoslo estudio *sapiencial*. Existe ciertamente una forma contemplativa de hacer teología, que es una *lectio divina* muy auténtica. ¿Cuáles son entonces las condiciones de una “lectura” semejante?

*Una lectura orante*

“Exige una formación apropiada y condiciones concretas que permitan practicarla habitualmente como una lectura orante, sosegada y asidua, vivida en la fe y en el amor.”

Los redactores de las *Proposiciones* no buscaron hacer un tratado sobre la *lectio divina*, sino más bien invitar a los monasterios a una búsqueda común, a fin de revalorizar este ejercicio monástico adaptándolo, si fuera necesario, a las condiciones actuales. En efecto, hoy las circunstancias son muy diferentes a lo que eran en tiempos de san Benito. ¿Quién lo duda? Actualmente poseemos en abundancia, incluso en superabundancia, libros, revistas, e instrumentos de cultura de todas clases, ya sea de cultura humana o cristiana, intelectual o espiritual. A menos de caer en el “fundamentalismo”, ya no es posible leer la Biblia ignorando los trabajos acerca de ella y que se renuevan continuamente.

Sin embargo, la formación “apropiada” que se pide aquí, quizás deba conducir antes que nada a la *superación* de la que hablaba el párrafo precedente. Hay que enseñar a los novicios a no dispersarse en lecturas demasiado variadas, y sobre todo a descubrir lo que constituye el valor propio de la *lectio divina*, sin dejar de adquirir, por otra parte, una cultura tan amplia y una formación intelectual tan rigurosa como lo exige la Palabra de Dios en el contexto del mundo de hoy. Esta formación en la lectura presentará sin duda mayores dificultades para las nuevas generaciones, educadas más con métodos audiovisuales que con libros.

De todos modos, es necesaria una formación apropiada. Quizás faltó bastante en un pasado reciente. Quizás demasiado a menudo se confundió la “lectura espiritual” con una especie de recreo piadoso. Se trata de algo totalmente diferente: la *lectio divina* debe practicarse habitualmente como una lectura orante, simultáneamente sosegada y asidua. La lectura no es la oración, pero debe ser una introducción próxima a la oración, un medio alimenticio de la oración. Esta debe brotar espontáneamente, necesariamente. Para lograr esto, evidentemente son necesarias condiciones favorables de tiempo libre y de recogimiento, y la ausencia de preocupaciones absorbentes que harían perder al monje el gusto de esta lectura. Es necesario sobre todo que el monje esté convencido de que esta lectura orante es un elemento indispensable de su vida de fe y de caridad. Es una lectura que compromete y orienta la vida. Es, efectivamente, una búsqueda de Dios.

Por lo tanto, el último párrafo del texto que comentamos puede esbozar un retrato del monje formado por la práctica habitual de la *lectio divina*.

### *Una escuela de sabiduría*

“De este modo, la *lectio divina* ayuda poderosamente al monje a devenir cada vez más un ‘hombre de Dios’, sensible a su presencia, lleno de su Espíritu de Sabiduría, deseoso de alabarlo, capaz de servirlo en todas las ocasiones de la vida de comunidad y de dar testimonio con su propia vida” (cf. *DV* 21,25; *PC* 6; *PO* 18).

La práctica habitual de la *lectio* ayuda poderosamente al monje a devenir un hombre de Dios. No es el único medio; no es el único factor de su formación monástica, pero contribuye en gran parte a ella. Lo ayuda a transformarse cada vez más en lo que es por profesión: un hombre de Dios, como lo fue san Benito, *Vir Dei Benedictus*. Los Griegos dirían: *un teóforo*. Un hombre consagrado a Dios, comprometido en el servicio de Dios, habitado y movido por el Espíritu de Dios, testigo de Dios ante los hombres: testigo de la soberanía de Dios por su separación del mundo, de la piedad de Dios por su bondad y su comprensión, y del misterio de Dios por su asiduidad en la oración contemplativa. El contacto cotidiano con la Palabra de Dios y con su designio de amor, le permite penetrar cada día un poco más profundamente en el misterio de Dios.

El hombre de Dios es sensible a su presencia y a las inspiraciones de su voluntad. Dios es el Altísimo y el Muy Cercano. El Hijo encarnado es llamado *Emmanuel*. Dios-con-nosotros. El testimonio de las Escrituras recuerda continuamente al monje esta presencia, esta proximidad del Trascendente y lo invita a reconocerla, a descubrirla en la humildad y la oscuridad donde se esconde. La *lectio divina*

provee igualmente al monje de lo que san Benito llama “*instrumentos de las virtudes para los monjes deseosos de una vida santa y de obediencia (RB 73,6)*”. Lo sensibiliza también a las inspiraciones interiores que permiten adivinar cuál es la voluntad de Dios sobre nosotros (cf. *Rm 12,2*). La *lectio* por sí misma no provee del Espíritu de Sabiduría, pero nos ayuda a permanecer flexibles, abiertos y atentos a sus mociones. Enseña la sabiduría de Dios, que no es la sabiduría de los sabios de este mundo (cf. *I Co 1,18-31*).

El hombre de Dios, lleno del Espíritu de Sabiduría, está deseoso de alabarlo, porque la *lectio*, al hacernos penetrar cada vez más profunda y vitalmente en el misterio de Dios, despierta la admiración, la alabanza y la acción de gracias (cf. *Rm 16, 25-27*). Y esto afecta toda la vida; en las ocasiones cotidianas, tanto en las pequeñas cosas como en las grandes, el que vive a la escucha de la Palabra es un servidor y un testigo.

Contrastando con este retrato del hombre de Dios, formado por la *lectio divina*, estaríamos tentados de colocar al erudito, al “aplicado” o al intelectual que se ha entregado en cuerpo y alma al trabajo, ya sea en materia religiosa o profana, rentable o no, y que ya han perdido el gusto y no tienen tiempo para una lectura desinteresada y orante. A este respecto, podemos releer lo que escribía Dom Delatte en su Comentario del capítulo 48 de la Regla (p. 353). Pero, por más “temible” que sea “tener como ideal a Dios y el estudio” (*ibid.*), sería más triste todavía que un monje se vea reducido a “ocuparse” como puede, hojeando diarios y revistas en busca de vagas informaciones, perdiendo su tiempo y arruinando su vida. Actualmente, gracias a Dios, este personaje parece haber desaparecido; pero, sin duda, el intenso trabajo necesario para la subsistencia, corre el riesgo de ser más perjudicial para la *lectio divina* que la desocupación. El trabajo sabiamente regulado y las informaciones rigurosamente limitadas en el tiempo, son cosas útiles e incluso necesarias para el hombre de Dios que la práctica asidua y perseverante de la *lectio divina* continúa formando. No se trata solamente de una cuestión de equilibrio entre ocupaciones diversas, sino sobre todo de una cuestión de *orientación*: en una *vida contemplativa*, todos los elementos, todas las actividades tienden a la contemplación, al descubrimiento del Rostro de Dios.

### *Lugar de la lectura en una vida de oración*

La *lectio divina*, lectura orante, sin embargo no se confunde con la oración. No es más que el primer grado de la serie ascendente frecuentemente observada por los antiguos y los medievales: *lectio, cogitatio, oratio, contemplatio*. Por lo tanto, podríamos reducir nuestra vida de oración a tres componentes: la acogida de la Palabra de Dios en la lectura, el vuelo de la alabanza por medio del *Opus Dei* y la oración tendiente a convertirse en oración continua.

La acogida de la palabra de Dios se realiza ya sea escuchando con el oído o leyendo con los ojos. Pero la actitud espiritual bajo estas dos formas exteriores es la misma. *Lectiones sanctas libenter audire (RB 4,55)*. Se trata de recibir esa lluvia fecunda de la que habla el Cántico de Moisés: “Como lluvia se derrame mi doctrina, caiga como rocío mi palabra, como blanda lluvia sobre la hierba verde, como aguacero sobre el césped” (*Dt 32,2*). En primer lugar, debemos escuchar la Palabra proclamada en la asamblea litúrgica, y luego prolongar la meditación en el Libro después del oficio. Esto exige la atención a las palabras, el esfuerzo de la inteligencia por comprender su sentido, y sobre todo la apertura al Espíritu Santo que es el único que penetra en las profundidades de Dios y que nos hace descubrir en la palabra dicha a todos, el mensaje destinado personalmente a cada uno de nosotros, hoy, en este momento. Debemos acoger entonces como una tierra sedienta (*Sal 62,2*) esta lluvia del cielo, y abrir los surcos del espíritu y del corazón para que penetre en nosotros y nos asimile a ella. Ya que, si la hacemos nuestra, es a fin de ser transformados por ella.

La Palabra que ha penetrado y trabajado así en nosotros, vuelve a subir a Dios en forma de alabanza. El *Opus Dei* de la Regla benedictina es principalmente una obra de alabanza; las otras formas de oración, los demás actos de religión interiores o exteriores, adquieren en él una tonalidad de alabanza (cf. *RB 10, título; 16,3*). Alabar a Dios significa obsequiarle palabras por medio de las cuales le

decimos el bien que pensamos, que *creemos* de Él, y la admiración que despierta en nosotros la contemplación de sus perfecciones infinitas y las maravillas que realiza para salvamos y unirnos a Él. Esta obra de alabanza culmina en la Eucaristía, “sacrificio de alabanza”.

Nuestra vida de oración está constituida por ese doble movimiento: descenso de la palabra, subida de la alabanza. Para que este intercambio no se detenga, debemos impregnar continuamente en la oración esa conversación familiar del hijo de Dios con su Padre que está en los cielos. En efecto, la *oración secreta*, de la que habla el artículo 20 de las *Proposiciones* sobre la Vida benedictina, oración que tiende a ser continua, casi ininterrumpida, es como un baño espiritual alimentado por la lluvia celeste de las “lecturas santas”, de donde se elevan los cantos de alabanza del oficio divino como la columna de humo del *Cantar* (Ct 3,6).

*Wisques, Francia*